

40 Años de Democracia en la República Argentina: Demos versus Kratos / Bernardo Dall 'Ongaro; Francisco Tomás Sánchez Semhan. Colaboración en edición: Yamila Luz Naufal.
- 1a ed. - Sáenz Peña: UNCAUS, 2023.

72 p.; 15 x 22 cm.

ISBN 978-987-48070-9-0

1. Ciencia Política. 2. Economía. 3. Análisis Económico. I. Bernardo Dall 'Ongaro; II. Sánchez Semhan, Francisco Tomás.
CDD 320.0982



UNCAUS
Editorial

Director:

García Solá, Manuel Guillermo

Comandante Fernández 755
Pcia. Roque Saenz Peña, Chaco
República Argentina
editorial@uncaus.edu.ar

Coordinación editorial: **Yamila Luz Naufal**

Diseño de tapa: **Lía Parsons**

Diseño y diagramación: **Cinthia Zeitler**

Hecho el depósito de Ley 11.723
Derechos reservados
Prohibida su reproducción parcial o total

40 años de Democracia en la República Argentina

Demos versus Kratos

**CONCURSO NACIONAL
DE ENSAYOS**

**40 años de Democracia
en la República Argentina**

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| Prólogo | 09 |
| Demos versus Kratos JULIÁN ALBERTO MELO | |
| <i>Poder Ejecutivo vs. Poder Legislativo</i> | |
| La falacia del Congreso obstruccionista y el presidente dominante | 13 |
| BERNARDO DALL 'ONGARO | |
| La búsqueda del orden fiscal y los errores argentinos | 41 |
| FRANCISCO TOMÁS SÁNCHEZ SEMHAN | |

Demos versus Kratos

Nota sobre igualdad y democracia

Julián Melo

Todas las palabras tienen tramas. Todas. Por más que se insista y se busque en arcones perdidos supuestamente llenos de verdad y claridad, la transparencia no existe. La verdad tampoco. Las palabras dicen lo que cada quien quiere que digan, lo cual supone que sus sentidos dependen de sus efectos. Democracia es una de ellas. Es una de esas palabras que, de tanto pronunciarla, se hace carne en miles de alocuciones y nunca habrá un perfecto acuerdo sobre qué alberga y qué no, sobre qué significa y qué no. Se escucha a viva voz que la democracia es el mejor “régimen posible”. Con la misma viva voz detonan diatribas que explican, por ejemplo, que la decadencia argentina empezó con la democracia. Quizás no se trata de encontrarle, entonces, la verdadera aquiescencia a una palabra sino de intentar comprender los sentidos que se juegan su polisemia.

Se han visto (hemos visto) muchísimos textos que se embarcan en razonamientos y re-lecturas brillantes para decir qué es, por fin,

la democracia. Lo hicieron los antiguos. Lo hizo Francis Fukuyama. Democracia, como pilar del debate público y del debate académico (si cabe la distancia) tiene una virtud manifiesta: se deja discutir. ¿Por qué democracia aparece asociada a república o a estado de derecho? ¿Por qué democracia supone “incertidumbre” para unos y, para otros, supone orden y reglas de juego claras? ¿Por democracia es libertad o igualdad y no un difícil matrimonio entre ellas, como supo decir Giovanni Sartori? Para mí, una respuesta acabada y cerrada a cualquiera de esas preguntas sería, justamente, un acto no-democrático.

Democracia asume en su propio nombre, largo y poderoso, una tensión. Este argumento no tiene absolutamente nada de nuevo. La novedad, posible por cierto, se acovacha en las telarañas de cada contexto, en los modos en que esa tensión constitutiva se resuelve o se gestiona, al menos. Sea ya la distancia entre régimen de vida y régimen de gobierno, la diferencia entre certeza e incertidumbre, el imposible matrimonio entre igualdad y libertad, el punto es que la tensión es irresoluble. Gestionarla es otra cosa. Y, para decirlo más claramente, creer en su resolución o negarla, da lo mismo, es autoritario.

Aun en los espacios más bizarros e inimaginables aparece democracia. Todos y todas quienes han escrito sobre sus “contextos”, desde Aristóteles a Hobbes, desde Platón a Judith Butler, pasando por Montesquieu, Tocqueville y Arendt, nadie pudo escapar de la mención. Quizás esa deidad omnisciente y omnipresente que la humanidad buscaba desde siempre, incluida la caída del Muro, siempre estuvo allí. Ocurre, también quizás, que no se trata de una deidad que ofrezca tantas certezas y verdades. Es democracia. Es un debate.

Para contribuir a esa omnisciencia pletórica de incertezas se suma que, cada quien y en cada lugar, ha podido o no fundar su propia tradición democrática. Argentina es uno de esos lugares. Argentina tiene una tradición democrática, por qué no decirlo, llena de esas incertezas. Quizás no absolutamente “igual” a ninguna otra pero, vale decirlo, claramente poco excepcional respecto de otros “lugares”. En orden a ahorrar espacio y que podamos leer los textos que siguen, afirmo solamente

preguntas: ¿por qué se habla de 40 años de democracia en Argentina? ¿No hubo democracia antes? ¿Se trata de un slogan? Desarrollo esto brevemente pues también ya se ha hecho, con otros matices por supuesto.

Un primer elemento. Desde mi punto de vista, se habla de 40 años de democracia, más allá del slogan, por la ausencia de golpes de Estado. Se habla al menos de una continuidad que supone política y elecciones más o menos alejadas de las “botas”. Los años 1989 y 2001, para quienes siguen la historia argentina, suponen quiebres fenomenales, abismales. Resueltos, vale decir, de alguna forma notan-cruenta como en el pasado, o quizás directamente con base en una lógica completamente distinta. ¿Habita allí un espíritu democrático? ¿Se guarece allí una forma de entender a la democracia sólo como forma de resolución electoral de los conflictos sociales? No lo sé.

Un segundo elemento. A mi modo de interpretar, 1983 significó un quiebre. Se dirá que fue la primera vez que el peronismo perdió elecciones abiertas, sí. Se dirá, por supuesto, que fue la primera vez que se propuso un matrimonio potencialmente más duradero entre igualdad y libertad, más justo. Se dirá que tuvo primacía un consenso que evitaba las viejas inestabilidades. Ciertamente, eso no sería negable. Empero, el punto es que la tensión en torno a democracia no se resolvió. Para hacerlo más explícito: aquella democracia, atada a su propia tradición, no pudo ni curar, ni educar ni dar de comer “del todo”. El asunto allí es que tal cosa no es, para mí, una deuda de la democracia. El problema está en la asociación, por cierto en aquel momento necesaria, entre democracia y bienestar.

Para no aburrir y dejar paso a los autores de este libro, creo que hay un tercer elemento de debate al que se le suele prestar poca atención. Cuando decimos 40 años de democracia decimos, claramente, 40 años de elecciones ininterrumpidas. Lo cual configura, revisando no más a vuelo de pájaro los dos siglos previos, una enormidad. Entiendo que también, con esa afirmación de 4 décadas, se dice y se reconoce una base común de vida que abriga y excede al poderoso y determinante “Nunca Más”. Se puede ganar y perder. Se puede matizar la

lectura. Se puede investigar. Negar, por contraparte, es una forma de poner entreveros en esa base común. Cuando se habla del mesianismo de algunos líderes o lideresas, para mí, hay que prestar atención a los sentidos que les fundamos a esos poderes. Una cosa es decir “armen un partido y ganen elecciones”. Otra muy distinta es decir “afueeeraaa”.

Los textos que vamos a leer a continuación reponen temáticas absolutamente diversas y enriquecedoras del debate sobre la democracia argentina. Leeremos análisis sobre el funcionamiento del sistema político y sobre el sistema económico muy interesantes. El punto allí, no quiero sesgar vuestra mirada, es tratar de echar luz sobre las intermitencias de nuestra propia tradición democrática ancladas por supuesto en estas últimas cuatro, décadas pero también pensando al pretérito y hacia delante.

Como decía antes, la tradición argentina tiene sus marcas pero no es excepcional. Para mí, democracia supone una pretensión. Una búsqueda. Democracia alude y se refriega en los entornos urticantes de una forma de vida en común. Negar la primacía democrática no sería, entonces, negar esos bordes lacerantes sino negar la marca de lo común que permite el entendimiento y, aun, de lo lacerante. Democracia alude, mucho más allá de un mecanismo de selección de gobernantes (que me disculpen Schumpeter, Sartori y Bobbio), a una manera de comprender el espacio común. Aceptar un resultado electoral no es específicamente democrático. Lo específicamente democrático es sostener que ningún resultado electoral puede discutir los pilares que dieron espacio a dicho resultado. Se dijo una y mil veces que el mesianismo se presentó vilmente a elecciones. Quizás, lo importante, y aludiendo a muchos próceres del pensamiento político argentino actual, sea justamente no ceder a esos mesianismos tantas veces denunciados. Quizás, al fin y al cabo, se trate de discutir democráticamente y nada más.

San Miguel, noviembre de 2023